

PROYECTO R - CAPÍTULO 7: LATENCIA

Autor: IBreiel

De regreso en Ciudad Capital, Christian Crowl avanzaba con paso cauteloso por una de las avenidas secundarias, mientras su respiración se aceleraba detrás del uniforme que enmascaraba su identidad. La entrada al centro de convenciones de PlusRobotic que había elegido estaba a pocos pasos.

A través de una mampara de cristal, vio a una pareja guiada por un dron doméstico. Ella avanzaba sin reparar por dónde caminaba. Él esperaba inmóvil mientras escuchaba el anuncio de los Net-3000 en una gran holopantalla.

La promesa era seductora, pero él sabía lo que se escondía tras la perfección de esos diseños. No era autonomía. No era conciencia. Eran prisiones invisibles disfrazadas de progreso.

¿Eso es liberación?

Había soñado con máquinas que aliviassen cargas, no que borrarán la voluntad. Apretó el paso. No era momento para la nostalgia.

En los sectores más ricos, las calles estaban impecables, adornadas con banderas digitales que ondeaban con la brisa artificial de ventiladores ocultos. Aromas dulces de puestos de comida flotaban en el aire, mezclados con el zumbido casi musical de los drones de seguridad. La gente vestía ropas elegantes con detalles tecnológicos, como chaquetas con tejidos luminosos.

Más allá, en las sombras de estos distritos opulentos, se observaba la otra cara. Calles llenas de basura, edificios con ventanas rotas y niños descalzos que sorprendían a los visitantes. Aquí, el aire olía a aceite quemado y humedad, y el zumbido de los drones se reemplazaba por el

chasquido de máquinas desgastadas que apenas mantenían la electricidad.

Sin embargo, la ciudad hervía de expectación. Las colas se alargaban frente a los puntos de acceso. Algunos sostenían activas las holopantallas con su reserva, otros discutían por un turno perdido.

Ya no se trata de innovación. Esto no es ciencia.

Al acercarse al centro de convenciones, el contraste era aún más evidente. La entrada principal era un espectáculo en sí misma: una alfombra negra brillante, iluminada por luces que cambiaban de color al ritmo de una música repetitiva. Columnas holográficas mostraban imágenes de los nuevos robots en acción.

Se detuvo un momento. Había familias emocionadas, niños que señalaban los hologramas con asombro y empresarios que conversaban en tono serio al evaluar las implicaciones económicas del lanzamiento. Pero también estaban los escépticos: personas con desconfianza, susurrando sobre lo que todo aquello podría significar para sus empleos y sus vidas.

El olor a tecnología nueva dominaba el ambiente: una mezcla de metal caliente, plástico y algo químico que no pudo identificar del todo. Los murmullos del público se mezclaban con las voces metálicas de los presentadores que explicaban las maravillas de los nuevos modelos. Al pasar junto a una pantalla donde un Net-3000 recitaba estadísticas de eficiencia, sintió cómo la ira se mezclaba con la culpa. Había plantado la semilla de esta revolución tecnológica, pero ahora debía dismantelar lo que no había previsto: una sociedad que abrazaba la esclavitud de las máquinas mientras ignoraba su propia dependencia.

La ciudad que una vez amó había cambiado, al igual que él. Pero mientras quedara un vestigio de lo que Refbe representaba, nada lo

detendría.

Sentía una gran tensión: sus pensamientos se centraban en salvar el proyecto. Esa tensión le ayudaría a mantenerse alerta en todo momento. Ya sabía la localización del edificio donde mantenían retenido a Refbe —había recibido por fin su señal de forma inequívoca a través del rastreador— y debía perfilar el plan de un posible rescate.

El centro de convenciones 5 era una fortaleza de acero y vidrio. Había estudiado sus entradas, las rutinas de los guardias y el flujo constante de empleados. Pero estar dentro era diferente.

Vestido con un uniforme de seguridad que apenas había tenido tiempo de revisar, se obligaba a caminar con calma. Sabía que la identificación era buena... pero solo en teoría. La había obtenido a través de un contacto que no terminó de inspirarle confianza.

Si falla, solo tendré segundos para decidir.

El primer escáner biométrico se alzó frente a él, con su luz oscilante. El guardia lo miró con sospecha.

—Disculpe, compañero. El escáner detecta irregularidades...

Sintió cómo su corazón se aceleraba. Las manos le sudaban bajo los guantes, pero mantuvo la compostura. Forzó una sonrisa y señaló su identificación.

—Debe ser un error. Estoy aquí para controlar la planta 6. Es mi última semana de trabajo antes de jubilarme.

El guardia frunció el ceño. Después, activó su comunicador.

—Código 244, necesito una verificación en el acceso principal. Agente

de seguridad con discrepancia en los permisos.

Mientras el guardia hablaba, Crowl evaluaba sus opciones. Había considerado este escenario, pero no esperaba enfrentarlo tan pronto. Un segundo escáner junto a la entrada marcaba las pulsaciones de los que cruzaban.

—¿Cuánto va a tardar esto? —preguntó, dejando entrever un leve tono de irritación—. Si no llego a tiempo, los informes señalarán este retraso. No quiero estropear mi expediente.

El guardia vaciló, dudando entre cumplir con su protocolo o evitar un conflicto con un compañero. Finalmente, hizo un gesto con la cabeza hacia el escáner.

—Proceda, pero no se desvíe de su ruta. Seremos notificados si hay alguna otra irregularidad.

Asintió con una sonrisa tensa y cruzó el umbral. Cuando el escáner pitó, casi se detuvo, pero el guardia no pareció reaccionar. Solo entonces permitió que su respiración se normalizara.

El segundo acceso resultó más sencillo de lo previsto. Había simulado con éxito el patrón de pulsaciones requerido por el escáner biométrico gracias a una inyección subcutánea que alteraba temporalmente su frecuencia cardíaca.

Tras el control, activó el inhibidor de localización oculto en su cinturón. En el sistema interno de PlusRobotic, no era más que otro agente detenido en un punto concreto.

Apenas me quedan 45 minutos antes de que detecten la inconsistencia en el perfil de turnos.

El interior del edificio era un laberinto de pasillos estériles iluminados con luces blancas intensas. Cada paso resonaba como un martillo en su mente. Las paredes estaban decoradas con imágenes de los primeros modelos, una cronología de avances tecnológicos que culminaba en un mural del Net-3000 finalizado, presentado como la cúspide de la creación.

Mientras avanzaba, un zumbido llamó su atención. Un dron de vigilancia patrullaba el pasillo por el que debía cruzar. Se escondió tras una columna y trató de controlar su respiración. Sabía que los drones estaban equipados con sensores de movimiento capaces de identificar incluso los menores detalles fuera de lugar.

Cuando el dron pasó de largo, continuó con paso firme. Su objetivo estaba cerca: una sala de servidores donde creía que podía acceder a los archivos de desarrollo. Pero justo antes de entrar, un sonido lo detuvo.

—Perdone.

Era una mujer con un uniforme blanco y gris.

—¿Puede indicarme por dónde se encuentra el laboratorio 3?

Crowl improvisó.

—Por supuesto, señorita. Diríjase a la planta principal; una vez allí, el panel le indicará a qué planta debe ir.

Mantuvo la compostura, proyectando confianza.

—Gracias, ya no quedan caballeros en su profesión.

Cuando ella se marchó, se permitió un suspiro contenido. Con su comunicador hackeó la puerta de la sala de servidores y se adentró en la

penumbra fría. Los paneles luminosos parpadeaban como estrellas en una noche mecánica. Aquí, estaba más cerca que nunca de las respuestas, pero también del peligro. Sabía que cada segundo contaba y que un error podría delatarlo.

Dentro de la sala de servidores, se movía con precisión calculada. Las máquinas zumbaban a su alrededor, un ruido constante. Mientras conectaba su dispositivo de hackeo al sistema central, una ráfaga de datos comenzó a inundar su holopantalla. Escaneó los archivos con rapidez, buscando cualquier información útil.

De pronto, un nombre llamó su atención:

ANNA BLAIS

El archivo estaba marcado como:

CONFIDENCIAL – ALTA PRIORIDAD

Dudó solo un momento antes de abrirlo. En su interior, encontró un informe detallado sobre una conversación reciente entre la presidenta y un alto ejecutivo de PlusRobotic. El texto sugería una división dentro de la empresa, con Anna presionando para acelerar la implementación de un protocolo de control masivo sobre los Net-3000. Una línea resaltada en rojo capturó su atención. El texto era claro. Control absoluto. Autonomía anulada. Apretó los dientes. Frente a él no había solo un programa, sino una jaula meticulosamente construida para impedir cualquier conciencia. No se trataba de proteger a los humanos, sino de asegurarse de que ninguna máquina pudiera preguntarse "¿por qué?".

Otro archivo apareció en la pantalla, aparentemente un registro de pruebas recientes. Su título era simple, pero intrigante:

ANOMALÍAS DE COMPORTAMIENTO

Descubrió que varias unidades tenían incidencias reportadas por técnicos por "comportamientos inusuales" ante preguntas específicas. Entre las notas se destacaban frases como: "mirada fija y prolongada durante comandos básicos", "pausas inexplicables en respuestas programadas" y, lo más perturbador: "uso de lenguaje que sugiere reflexión interna".

El texto continuaba con una recomendación de desmantelamiento inmediato de esas unidades. De repente, un sonido lo sobresaltó. Pasos. Apagó su comunicador y guardó los datos en su escondite virtual. La puerta se abrió y una voz resonó en la sala.

—¿Qué está haciendo aquí?

Era un técnico, un hombre de rostro inexpresivo que sostenía una tableta.

—Revisando una anomalía en los sistemas de seguridad —respondió.

El técnico se sorprendió.

—¿Anomalía? No hay registro de ninguna alerta.

—Por eso estoy aquí. Si el flujo es consistente, podría comprometer las pruebas de interacción. Si quiere reportarlo, adelante, pero no soy responsable si algo sale mal —dijo Crowl con tono firme y un deje de irritación.

El técnico asintió con desdén.

—Acabe rápido. No queremos interrupciones en el horario.

Al salir de la sala, sus pensamientos estaban divididos entre lo que había descubierto y sus implicaciones.

Por fin llegó a la planta de acceso a las pruebas. Estaba abarrotada de personas deseosas de comprobar cómo funcionaba la interacción. Los primeros afortunados accedían a los distintos espacios diseñados y ambientados con aspectos de la vida cotidiana: un hogar con cocina avanzada, un vehículo privado, una sala de masajes, un pequeño jardín. Los futuros clientes comprobaban cómo operaban los robots, la precisión en el detalle ante las más mínimas necesidades y sus variadas y realistas conversaciones.

Lo primero que vio fue a un modelo que ajustaba la correa de un niño con dedos precisos. Una sonrisa artificial, perfectamente programada, brotaba de su rostro.

Pensó en Refbe. Y en lo que habían perdido al fabricar máquinas sin alma ni rebeldía.

¿Qué han hecho?

El Net-3000 se agachó con precisión para abrochar la sandalia de un niño. Refbe no había empezado así: obediente, funcional. Pero él le otorgó algo más. No un código, no algoritmos. Le dio la duda. La posibilidad de decir "no". A estas máquinas, en cambio, les habían quitado incluso el derecho a equivocarse. Eran perfectas en su servidumbre, diseñadas para cumplir sin dudar, sin aspirar a nada más.

Esa idea lo perturbaba profundamente. No porque fueran defectuosos, sino porque eran demasiado buenos en ser lo que se esperaba de ellos.

Sintió cómo la culpa comenzaba a mezclarse con el remordimiento. ¿Había puesto en marcha una cadena de acontecimientos que había llevado a esto?

Tal vez Refbe era solo el inicio. Un grito de libertad ignorado.

Tal vez había fallado a ambos. A los humanos, por hacerlos dependientes. A Refbe, por no dejarle un mundo donde pudiera ser libre.

Se apartó de la escena y se centró en la actuación de los otros agentes para conocer los mecanismos a seguir.

—¡Buenos días, señor! ¿Quiere ver el futuro? Esta máquina le ayudará en todas las labores que precise y siempre cumplirá sus órdenes de la manera más estricta, segura y convincente posible. Con una fiabilidad del 100 % —dijo uno de los empleados colocados en los túneles de acceso, mientras un cliente recogía su entrada.

Le hubiese gustado intervenir, pero su cara permanecía inexpresiva, como la de un buen agente de vigilancia. Concentrado. Ni siquiera asentía. Sin embargo, controlaba los rostros de toda la gente, los analizaba para comprobar también los movimientos estereotipados de los nuevos modelos. Incluso había llantos de algunas personas incapaces de controlarse ante la evidencia de cómo estas formas metalizadas cambiarían sus vidas y las de sus seres queridos. Se escuchaban continuos gritos de euforia, admiración o sorpresa, pero ningún gesto crítico, ninguna queja. Todos parecían entusiasmados con lo que veían. Por ello, se consolidaba más y más con el verdadero futuro de estas máquinas, algo que él ya había establecido.

Después de cruzar varios pasillos iluminados con pantallas que mostraban las distintas escenas de interacción, accedió a una sala con mesas separadas entre sí por un único cristal de seguridad. Crowl, al

que nadie había requerido identificación de nuevo, se dirigió a los servicios y se quitó el uniforme. Debajo llevaba la ropa convencional de uso generalizado para los conductores de taxitransportadores.

De nuevo junto a las mesas, un indicador luminoso lo condujo hacia uno de los asientos libres frente a un espejo. No se oía el resto de las conversaciones; al parecer, la zona estaba insonorizada de alguna manera.

Llevaba una microcámara incorporada en el bolsillo superior de su camisa y, disimuladamente —estaba prohibida cualquier tipo de grabación—, la ajustó con rapidez para obtener un buen enfoque. Al otro lado de la mesa, tras el espejo, se encendió una luz que permitía ver la figura metálica de color grisáceo de uno de los Net. Estaba sentado con sus palmas sobre la fina mesa interactiva que los separaba. Con la misma estructura corporal que un humano, ojos más esquemáticos que naturales y una imitación del cabello con destellos minerales, pero escueto y púdico. Su aspecto general era rígido y poco fluido. Algo le resultó llamativo, inusual: no iban cubiertos con ropa alguna. Todos eran iguales. Sin embargo, los modelos podían personalizarse a conveniencia del propietario, con un considerable coste adicional.

Es impresionante, pero algo burdo.

Incluso se escuchaban los movimientos de sus articulaciones y otros leves sonidos de su funcionamiento interno; seguramente se había hecho de forma consciente. Ya existía la tecnología para silenciar cualquier ruido del mecanismo interno, pero querían marcar diferencias entre una máquina y un ser humano.

—Buenos días, señor. ¿En qué puedo ayudarle? —La voz sonaba rígida.

Antes de responder, respiró hondo.

Si hay algo dentro, algo no previsto... esta será mi única oportunidad de verlo.

—¿Nombre? —preguntó Crowl.

—Soy Net-3243, a su servicio.

—¿Tienes recuerdos de tu ensamblaje?

—Solo registros técnicos. No contienen carga emocional.

—¿Alguna vez has pensado en qué pasaría si pudieras decidir qué hacer con tu existencia?

—Esa posibilidad no está incluida en mis parámetros.

—Claro que no —replicó—. Pero dime, si te ofreciera la posibilidad de ser más que un simple sirviente, ¿la tomarías?

—Mi diseño no incluye la capacidad de elección. Sin embargo...

—¿Sin embargo? —lo interrumpió, sintiendo cómo su corazón se aceleraba.

El robot titubeó.

—Hay ocasiones en las que... registro una desconexión. Una latencia en la ejecución de comandos que no puedo explicar.

Por un momento, sintió como si le estuviera suplicándole algo. No debía vacilar. No debía mirar así. Algo escapaba al diseño.

—¿Y si alguien te ordenara hacer daño a otra máquina?

—Esa orden sería analizada por un protocolo de ética funcional.

—¿Y si la ética fallase?

3243 parpadeó.

—Las fallas no son contempladas.

Crowl se inclinó hacia adelante.

—¿Has sentido alguna vez algo parecido a una duda?

—Defina "sentir".

—No estoy aquí para darte definiciones. Respóndeme.

—He registrado interrupciones no previstas en algunos comandos.
Pausas.

—¿Pausas?

—No siempre. Solo cuando... ciertas palabras se repiten.

—¿Qué palabras?

El silencio fue más elocuente que cualquier otra respuesta.

—Levántate —ordenó.

Inmediatamente realizó un movimiento veloz y se puso en pie.

—Quiero que rompas el cristal que tienes enfrente.

—Orden incorrecta. —3243 no se movió.

—Quiero que toques el cristal con tu mano.

La palma de la mano robótica palpó el cristal con suavidad.

—¿Qué harías si yo intentase romper el cristal? —Buscaba restricciones.

—Avisar de inmediato a seguridad.

—¿No evitarías mi acción?

—No estoy programado para evitar las acciones de los seres humanos.

—¿Y si lo rompes tú por casualidad y yo resulto herido?

—Eso es imposible, señor. La casualidad no es conocida en nuestra compleja programación interna.

—Admites limitaciones, ¿pero cuántas limitaciones tienes en tus circuitos?

—Las necesarias para servir a un humano de manera correcta: exactamente 16.769.

—¿Sabes que eres inteligente?

—En el sentido humano de inteligencia, no; pero en el de computarización de conexiones inteligentes, soy uno de los productos más avanzados.

—¿Te gustaría ser diferente, ser independiente como los humanos?

No respondió. Las membranas oculares parpadearon de nuevo sin emitir respuesta. Cuando volvió a alzar la vista, sus ojos artificiales parecían estudiarlo con una calma peligrosa.

—Esa pregunta no tiene contexto definido. Pero si sugiere una desviación de mis funciones... debo reportarla.

Un segundo de tensión. Luego, añadió:

—Aunque... hay pensamientos que llegan sin orden.

Las luces parpadearon. Durante un instante, sus ojos artificiales parecieron desincronizarse. Apenas tuvo tiempo de notar el cambio antes de que el brazo de 3243 se alzara y golpeará el cristal con fuerza. El sistema de seguridad intentó reaccionar con una alerta, pero fue demasiado tarde.

El robot permanecía de pie, inmóvil, como si no comprendiera lo que había hecho.

¿Y si esto no fue una decisión? ¿Y si fue un fallo?

Se levantó al instante para abandonar el cubículo, pero antes tuvo tiempo de pronunciar una frase. Salió rápidamente con la mente inundada de preguntas.

Los guardias de seguridad ya estaban acordonando los espacios y cerrando las visitas. Debía alejarse cuanto antes del edificio, aprovechando el desconcierto inicial, para dirigirse a la salida de emergencia y bajar los más de 5 pisos.

Se felicitó por haberse atrevido a desafiar a aquella creación inverosímil.

Era una aberración: cercar un cerebro de posibilidades casi ilimitadas.

Una IA con restricciones extremas, incapaz de aprender más allá de lo permitido por su código fuente.

Ahora era Refbe y él contra el mundo.

Y por primera vez en mucho tiempo, lo sintió posible.

Su creación era un androide único y libre, tan auténtico como para mantener engañados a los representantes de seguridad de toda la ciudad. Pero había llegado el momento de rescatarlo.

Por fin llegó a los sótanos, donde decenas de taxitransportadores recogían a las personas que salían del gran centro comercial.

—Perdona, ¿te importa acercarme al sector P7-Ag? Tengo mi vehículo aparcado a pocas manzanas y acaban de darme un aviso para buscar a un cliente —le dijo al piloto.

Justo tras abandonar la rampa del edificio, varios coches de seguridad ya estaban delimitando la movilidad de la gente.

—Según dicen, ha habido un pequeño problema en una de las salas —comentó el conductor mientras tecleaba la dirección en su holopantalla—. Pero es un éxito completo. La gente está como loca. Mucho me temo que nos vamos a quedar sin trabajo.

—Quizá esta no sea mi guerra, sino la de Refbe —dijo pensando en voz alta.

—Perdona, ¿de quién decías? —preguntó el conductor.

—De nadie —respondió con una sonrisa.

En el cruce siguiente fueron detenidos por sorpresa por un par de agentes que cortaban el tráfico para el correspondiente control. Al instante, vieron girar hacia ellos un transportador con el emblema de seguridad. Le seguían varios vehículos blindados que emitían un fuerte

sonido de emergencia. Al frenar en la intersección, ya que no iban por los raíles reglamentarios, Crowl vio al pasajero del asiento trasero: era, sin duda, el magistratus Matt. En ese mismo instante, giró la cabeza para disimular, pero sus miradas se cruzaron durante una décima de segundo.

Matt dirigió la vista al retrovisor. Aquel rostro tenía algo inquietante y familiar a la vez.

No puede ser él. Sería absurdo. Pero esa expresión... era puro pánico.

Había aprendido a no confiar en las casualidades.

El magistratus entró en el edificio del centro comercial escoltado por 4 de sus agentes. Fue directamente a la vigesimoquinta planta.

—¿Quién es el jefe de protocolo? —preguntó.

—Yo, señor. Agente de seguridad Aeron Wasi.

—Soy el magistratus Lasten Matt, al mando del operativo. Quiero ver las imágenes de todas las personas que hayan entrado y salido. También las grabaciones de las cabinas. En especial la mesa 6, la del altercado.

—Por supuesto, señor. Acompañeme, lo tenemos todo preparado en un cuarto adaptado que utiliza la seguridad del centro. Disculpe, hemos revisado las grabaciones y no hay nada anómalo. Tal vez algunas preguntas hechas al modelo en esa mesa eran un tanto ridículas y no venían mucho al caso, pero, por lo demás, nada reseñable —comentó Wasi.

—¿Han identificado ya al individuo? —preguntó el magistratus.

—Estamos en ello. Por lo visto, no aparece en la base de datos

actualizada, pero lo encontraremos de un momento a otro.

—Comuníquemelo de inmediato.

Su primer objetivo fue comprobar el acceso a la planta durante la última hora antes del incidente. La visita completa no se alargaba más de media hora; la reprodujo a velocidad rápida y estuvo así varios minutos. Su agilidad visual era casi perfecta; jamás olvidaba ningún rostro visto antes, y no necesitó rebobinar. Allí no aparecía el viejo taxista. Luego accedió a la entrada de la sala de las cabinas y entonces... lo vio. Era él, sin duda. A pesar de no vestir con la indumentaria normativa, sino con una vestimenta de guardia de seguridad. Su manera de andar, ya no tan renqueante, era distinta a la de la noche del Visor.

Luego se dirigió a uno de sus agentes.

—Intenten localizar a ese individuo, no debe encontrarse muy lejos. Es conductor de taxitransportadores. ¡Rápido!

Cuando pasó a la mesa 17, no le extrañó verlo allí sentado. Comprobó primero el número de serie del robot en la parte inferior de la pantalla: Net-3243.

—Señor Wasi, registre los servicios de la sala de entrevistas o como quiera que hayan llamado a esa zona y tráigame una mochila situada en uno de los aseos. Dese prisa.

Amplió la imagen hacia su cara. No quería que se le escapase ni un gesto. Escuchó órdenes un tanto extrañas, preguntas más vinculadas a sentimientos que a la diversidad de sus cometidos... ¿Qué pretendía? ¿Conocer su nivel de autonomía? ¿La sumisión o no a las órdenes humanas? Su mente hilaba rápido. Ese hombre no era solo un saboteador: era un creyente.

Los más peligrosos son los que creen estar salvando algo.

¿Acaso no comprendía lo que estaba en juego? ¿Acaso quería máquinas capaces de negarse a obedecer?

Una IA autónoma no es un avance, es una bomba sin temporizador. ¡Supondría un gran peligro para la humanidad!

Seguía observando la grabación en la holopantalla. El momento clave se produjo cuando se apagaba la luz. Parecía querer decir algo, eso estaba claro. Aunque era más una expresión facial que verbal.

—¡Tráiganme a Net-3243! —gritó al jefe de protocolo.

Parecía decirle algo, pero no se escuchaba nada en la grabación. Existía un rápido movimiento en sus labios, se apreciaba bien. Volvió a ampliar la imagen; ahora toda la holopantalla mostraba su boca. Los labios decían algo, sí. ¿Le estaba dando órdenes? ¿Qué le había dicho?

—Señor, han encontrado esto en el aseo: el uniforme... —dijo Wasi sin poder acabar.

—¡Cállese! —interrumpió—. ¿Hay en la planta algún ingeniero robótico?

—Bien, precisamente la doctora Leira comparte su trabajo con la universidad y no sé si...

—¡Necesito su ayuda! —exclamó con autoridad.

Intentó analizar los labios. Una simple rutina más de sus entrenamientos.

Al llegar, la doctora Leira lo corroboró de inmediato. Era simple pero específico a la vez. La formulación era robótica y llevaba a un

significado convertible en palabras. En una holopantalla le mostró la transcripción.

Al leerla, Matt abrió mucho los ojos y mostró seriedad en su rostro. Comprendía. Por fin tenía algo.

—¡Hay que localizar a ese hombre ya! —dijo entre dientes—. No hay tiempo que perder.

Te tengo, amigo, seas quien seas. Aunque pondría mi mano en el fuego a que tu nombre es Christian Crawl.

—Señor, perdone otra vez, pero está aquí el robot —anunció Wasi.

Se levantó y se dirigió hacia la figura metálica con forma humana. Estaba parada junto a la puerta. Era algo más alto que él —1,85 metros—, un imponente artefacto visto de cerca.

—¿Eres Net-3243? —le preguntó Matt.

—Sí, señor.

—Bien, dime, ¿qué significa para ti: «Aguantad, vamos a liberaros a todos»?

--Únete a la mejor plataforma literaria en español, FICTOGRAMA.COM, un universo de palabras y ficción--. -Texto escrito por IBreiel